

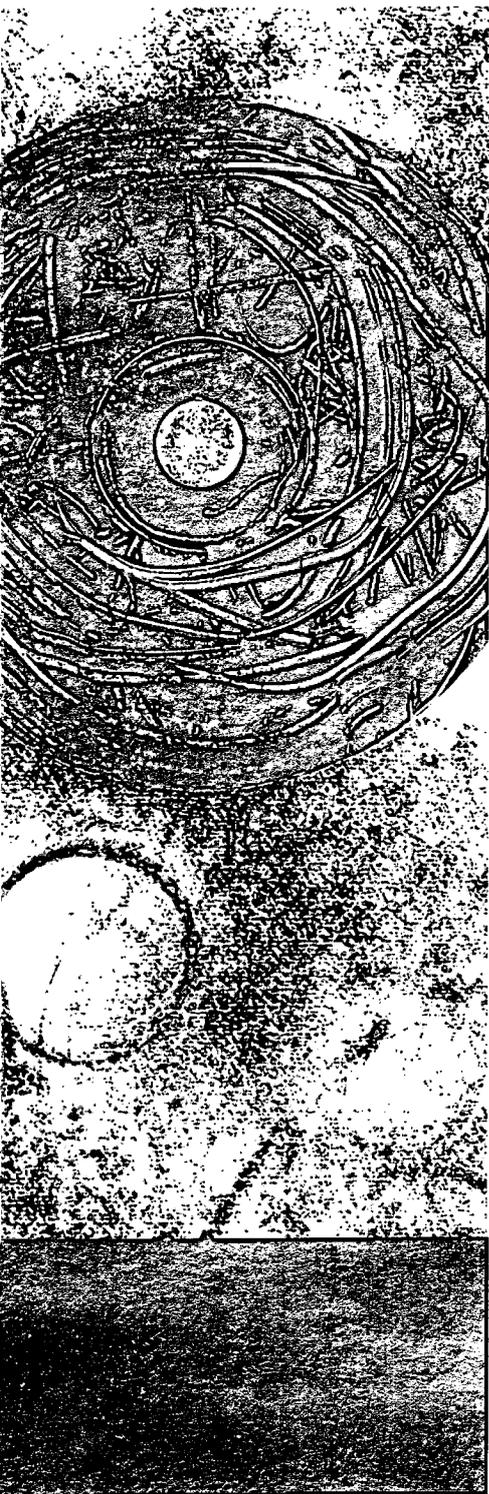
Venezuela desde

Desde adentro o desde afuera, Venezuela gravita en un mundo sin ser su ombligo. Aunque sí lo es para los venezolanos que aún estando fuera del país intentan comprender lo que aquí ocurre. Roger Santodomingo describe en órbita satelital la percepción de nuestro país en el exterior. La pertenencia de quienes ya no están de este lado de la frontera se mantiene a la expectativa mientras la venezolanidad sigue siendo una apreciación sentimental y moral que cambia junto a las circunstancias del orden mundial.

■ **Roger Santodomingo**



el espacio exterior



I

Dicen que cuando un astronauta sale de la órbita terrestre y se asoma por la escotilla de su nave llega a experimentar la divinidad al apreciar la plenitud del cielo estrellado. También he leído que el alma tamizada por la astrofísica del viajero espacial realmente se sobrecoge al voltear hacia la Tierra y confirmar que la visión del planeta que habita es la más hermosa que sus ojos han acariciado y que, al instante, su corazón se encoge al apreciar lo lejos que se encuentra de su hogar. A éso llamo provincianismo cósmico.

Por mi parte, hace casi cuatro años inicié mi misión exploratoria por las órbitas anglosajonas del Reino Unido y de Estados Unidos para comprobar que, a simple vista, desde allá afuera, este planeta llamado Venezuela luce como una bolita azul flotando en la zona periférica más recóndita del sistema solar. De verdad, sólo para los que salimos de aquí es inevitable sentir nuestro pecho palpitar cuando los satélites mediáticos del primer mundo hacen uno de sus raros y rápidos paneos sobre este pequeño, frágil, insignificante y a la vez misterioso lugar que, a juzgar por la escasez de información que se tiene de él, ha de estar verdaderamente lejos del resto del universo. Es entonces cuando aquellos que alguna vez llegamos a pensar que no existía visión más sublime que la del cerro El Ávila ni concebíamos mayor deleite que el sencillo y humeante placer de una arepa con mantequilla, comprendemos que el verdadero sentido de esta misión que nos lanzó desde Maiquetía al espacio exterior no tenía por meta el descubrir nuevos horizontes sino encontrar en la distancia otro punto de vista al ombligo que por años gravitamos. Esto es provincianismo cosmopolita.

Es que sí: puede afirmarse con completa honestidad que Venezuela no se ve. Porque para el extraterrestre común y corriente no existe a menos que esté especialmente interesado en los planetas raros. Pero el que tenga ojos que vea. Los finos

instrumentos de observación de la era globalizada permiten a los curiosos, pero sobre todo al expatriado contemporáneo permanecer conectado al día a día de la revolución. Desde las páginas virtuales de los periódicos, radios y televisoras hasta el torrente de *emilios* familiares y cadenas electrónicas de opinadores y agrupaciones que no dejan de mantenerte “informado” con lo que ocurre. Es así que en estas misiones al espacio exterior, hoy día es posible hacer tu vida de primer mundo sin dejar de sentirte tan venezolano como el más escuálido golpista de la Plaza Altamira o el más enrojecido fanático de la esquina caliente. Es así, lo juro, hasta se puede ser ni-ni. No importa que habites en una ciudad que puedes recorrer en bicicleta, sin temor a ser asaltado por un mallandro y mucho menos atropellado por la autoridad, donde tu hijo puede estudiar en una bonita escuela pública excelentemente dotada, con maestros preparados y bien pagados y donde tú mismo puedes acudir a una biblioteca a obtener el libro o el DVD más reciente de tu lista de favoritos para llevarlo a tu casa, probablemente un apartamento donde cuentas con servicios públicos que rara vez fallan. Tampoco es de vida o muerte el que hayas llegado como huésped permanente, aventurero de paso o ilegal indeseable, siempre tendrás la posibilidad de escapar de este perfecto orden social industrializado conectándote a alta velocidad a la internet que, cual mascarilla de oxígeno de fibra óptica, te permitirá respirar a través de ella todo el aire intoxicado que viene de tu querido país.

Así que el venezolano en el exterior tiene las mismas posibilidades que un astronauta en el espacio. Puede alzar la mirada hacia el horizonte y tratar de descubrir lo divino de otros mundos, aún sabiendo que éstos serán inalcanzables para la mayoría de sus congéneres o bajar la mirada por la escotilla para apreciar la órbita familiar del planeta natal, aún sabiendo que sus miserias cotidianas tarde o temprano terminarán por descubrirle por más que se haga el inalcanzable.

II

Estando en Londres el 11 de abril de 2002 pude ver la marcha más grande que jamás haya podido presenciar en mi vida, cientos de miles de ciudadanos venezolanos reclamando a la democracia un significado más que formal en las calles de Caracas. También vi a través de las lentes de Venevisión y Globovisión online las panorámicas y planos detalle de lo que parecía una matanza de esos mismos ciudadanos en la Avenida Baralt a la altura de Puente Llaguno. También me enteré de la renuncia posterior del presidente Hugo Chávez y fui testigo de cómo el reclamo cívico masivo se tornó en la morisqueta de un golpe de estado a manos de un puñado de empresarios que no estaban a la altura de las circunstancias y de cómo las endebles instituciones democráticas entraron en shock “con la breve salida del poder de Chávez” quien luego regresaría para una también breve repartición de perdones y meas culpas.

Antes de esta retoma del poder por parte del oficialismo, también me angustié con las largas horas de silencio en las que era imposible saber a ciencia cierta qué carajo estaba ocurriendo en Venezuela. El 12 de abril intuí la sangre en el servidor congelado de *venevisión.net* por donde sólo podía verse la escena repetitiva de un general conversando con un sonriente Napoleón Bravo (entrevista del día anterior), y en la que el susodicho general aseguraba que un número de francotiradores en edificios de la Avenida Baralt estaban bajo control (nunca se supo nada más de los mencionados francotiradores). Por las pantallas de CNN vi la pantomima del presidente Carmona Estanga en Miraflores, el cerco a la embajada cubana, la paliza al diputado Tarek William y los coscorriones al ministro Rodríguez Chacín.

Veía todo esto y me sabía vendado. La aparente abundancia de información que llegó entonces no fue suficiente para revelarme lo que ocurría. Quién sabe si por hábitos de oficio o por motivos de nacionalidad me había vuelto adicto a la información y tenía necesidad de una dosis aún mayor de ella. De pronto, frente al teclado me sentí como un engendro al que no reconocí y cuyo apetito por información cada vez más privilegiada se había vuelto insaciable. Como en los viejos tiempos, cuando no había internet ni televisión vía satélite, usaba el teléfono para llamar a quien supiera algo, pero era inútil. Estaba en crisis porque Venezuela se había salido del radar, se me había vuelto invisible de repente.

66

Lo que aprendí de mi profesor de la LSE es que la democracia es un lujo inventado por las naciones ricas y que a las imitaciones que llegan al tercer mundo siempre se les ven las costuras de su pobreza. Por estas latitudes, la democracia termina por reproducir generaciones de ganadores y perdedores que, tarde o temprano, dividen a los países entre su miedo y su resentimiento

99

III

Con la Internet, no estar informado o sentirse ajeno de lo que ocurre en casa puede tomarse por un gesto de pereza intelectual, analfabetismo tecnológico o simplemente anomia posmoderna. Además, desde el exterior, Venezuela también es más visible donde no se ve. Permitan que me explique: allí en esas calles de Londres vaciadas de niños de la calle la imagen del país se me antoja más dolorosa. De verdad no sabía que en la ciudad que inspiró a Charles Dickens, el personaje Oliver Twist era sólo un hito literario de finales del siglo XIX y que hoy día resulta impensable que alguien voltee a otro lado o cierre a toda prisa la ventana del carro para ignorar a los carajitos que hacen piruetas o ponen mirada de perritos abandonados para llamar la atención y pedir una limosna. Sorpresa: tampoco hay perritos abandonados en las calles de Londres, pues en la ciudad más cosmopolita del mundo los animalitos tienen derechos consagrados e instituciones dedicadas a hacer que se los respeten.

Estaba tan habituado a la presencia de esas personitas en harapos que deambulan sin padres y revolotean en las esquinas de Caracas o Maturín a la espera de nuestra conmiseración que casi me parecía irreal

que esta presencia no fuese común en otras partes. “¿A dónde los meten?”, me preguntaba. “En Inglaterra todos los cisnes son propiedad de la Reina, pero los niños nos pertenecen a todos”, me dijo un profesor al que le comenté mi observación.

Lo que aprendí de mi profesor de la LSE es que la democracia es un lujo inventado por las naciones ricas y que a las imitaciones que llegan al tercer mundo siempre se les ven las costuras de su pobreza. Por estas latitudes, la democracia termina por reproducir generaciones de ganadores y perdedores que, tarde o temprano, dividen a los países entre su miedo y su resentimiento. Por un lado se atrincheran los que tienen miedo a perder lo que a duras penas han conquistado o heredado, por otro acechan los que se han cansado de apacentar su resentimiento por las posibilidades arrebatadas o por el simple hecho de que no tienen nada que perder.

La ventaja de un viaje al espacio exterior es que esta brecha entre ganadores y perdedores es más obvia que cuando caminas sobre ella. Ocurre como con el viejo dilema planteado por Laureano Márquez en *La Reconstituyente*. Laureano define al venezolano como un sujeto atrapado en una cola. El chofer promedio de Venezuela tiene adelante a un *guevoón* que no lo deja pasar y al que tiene que tocarle la corneta en forma sostenida para que se haga a un lado, se mueva o simplemente se coma la luz de ese semáforo al que sólo un *guevoón* o *guevoona* como él, o ella, se le ocurre pararle. Al mismo tiempo, ese chofer tiene detrás suyo a un *coñoemadre* que lo que quiere es joderlo y pasarle por encima y que no mas cambia la luz del semáforo toca la corneta y que se le pega con insidia de supositorio en el tráfico cerrado e incluso cuando la autopista luce despejada. Lo que no sabe este chofer criollo es que él es en sí mismo el *coñoemadre* del chofer que tiene al frente y el *guevoón* o *guevoona* del que tiene detrás. Según Laureano, a los venezolanos se nos escapa esta dualidad ontológica que nos cobija entre la *coñoemadritud* y la *guevoonidad*.

Para percibir esta realidad, sirve salirte de la cola y quizás sea necesario cruzar el Atlántico o, sin ir tan lejos, viajar al norte. Por ejemplo, cuando te encuentras conduciendo un vehículo en Miami (una ciudad que para algunos casi no es gringa, salvo por los semáforos marciales) y te detienes ante una luz en rojo a las dos de la madrugada a pesar de que nadie viene por ninguna parte y no se asoma ningún policía por la cuadra, suspiras por Caracas, Maracaibo, Valencia

o cualquiera de las metrópolis venezolanas. Puede ser nostalgia por el contenido práctico de la ingenuamente llamada viveza criolla o quizás porque sientes el alivio de constatar que el que está detrás tuyo no es ningún *coñoemadre* y no anda pensando que tú eres un *guevoón*.

Así, desde el ordenado tráfico de las ciudades estadounidenses, también se ve a Venezuela porque no está visible. Creo que esta sensación de certidumbre no se trata de una frivolidad sino de la admiración ante la presencia de un contrato social en acción, con reglas de juego tan claras como una multa de 100 dólares, me dirán, pero es más bien como entender que ese chofer que se para ante una luz roja sin que nadie esté allí para frenarlo (ni para empujarlo), más que un pendejo reprimido, es un ciudadano que hace homenaje a un proyecto colectivo vigente y conocido por todos.

Un venezolano en el primer mundo de pronto deja de ser un chofer que atropella para no ser atropellado y se convierte en un ciudadano que se siente respetado y está aprendiendo a respetar a los demás. Entonces, desde el espacio exterior se te hace evidente el fenómeno Metro de Caracas detectado en los 80: el venezolano, sujeto de sus democráticos miedos y resentimientos, secuestrado por un río de *guevoones* y *coñoemadres* no respeta *a priori* para que lo respeten sino que respeta *a posteriori* cuando se siente respetado.

Quizás al regresar al terruño se le escapen de nuevo el contexto, los demás y ya no le guste parecer un pendejo detenido en el semáforo y, de nuevo, como todos sus compatriotas, tampoco le gusten los demás venezolanos. Pero, en esto no estará solo. En una agencia de viajes en Londres encontré que se promovía una bella isla caribeña con posadas atendidas por italianos llamada Los Roques, una playa deliciosa en Margarita con cabañas administradas por alemanes y un *tour* por Canaima donde los guías son británicos. Porque a muchos gringos, como a muchos venezolanos, lo que más les gusta de Venezuela son sus parajes naturales, esas zonas casi virginales adonde los venezolanos casi no han llegado.

IV

No se ve si no te interesa verla y se ve sólo lo que te interesa. Además, si en Venezuela se dan en forma endógena el miedo y el resentimiento, en el globo no hay escasez de esta materia prima para los conflictos. En un planeta con tan escasos ricos y hambrien-

66

Desde el espacio exterior se te hace evidente el fenómeno Metro de Caracas detectado en los 80: el venezolano, sujeto de sus democráticos miedos y resentimientos, secuestrado por un río de *guevoones* y *coñoemadres* no respeta *a priori* para que lo respeten sino que respeta *a posteriori* cuando se siente respetado.

99

tos en abundancia, los pocos tienen razones de sobra para temer la envidia de los muchos. Siempre ha habido pobres y ricos, pero la transparencia de la globalización hace que el temor y el rencor se encuentren de frente las 24 horas del día los 365 días del año y en vivo y en directo en forma más intensa, extendida, interconectada y por tanto desigual que nunca. Pocas veces el antiamericanismo ha estado tan ardiente como ahora. Por ello, de momento, más que Venezuela y los venezolanos, desde el exterior lo que más interesa ver es a Hugo Chávez. El presidente y líder de la revolución se ha convertido en uno de los personajes más conspicuos de la nueva división que pone al mundo a favor y en contra de la globalización.

Antes, Venezuela aparecía de vez en cuando como la tierra de las misses y se le mencionaba como el más rico reservorio de crudo de occidente. Pero el mito del venezolano bello y de la riqueza fácil (una mascarada para el mundo exterior, para seguir siendo francos) dio paso al del pueblo rabioso. Mientras más era Chávez criticado por Estados Unidos y atacado por líderes opositores sin propuesta alternativa convincente, más nítida emergía entre los extraterrestres curiosos interesados en ese planeta llamado Venezuela la figura de su presidente como paladín global de los pobres.

A partir del 11 de abril, Chávez logró catapultarse más que como un emblema, como el líder político de la resistencia al capitalismo, un movimiento rico en cabezillas, pero hasta entonces carente de liderazgo mundial y aún más de un ejemplo real de proyecto alternativo el cual antepone a la praxis de la lucha contra la pobreza librada en casi todo el mundo, pero desde el campo de un creciente liberalismo económico. A Chávez se le ha podido ignorar en tanto parecía acomodarse a los espacios de poder global, pero pasa a ser insoslayable en la medida en que se radicaliza su discurso populista y su poder se afianza militar y económicamente.

Sólo un astronauta miope dejaría de percibir que el discurso oficial ha calado en ciertas órbitas del tercer mundo y ganado respetabilidad en algunas del primero. Chávez puede no contar con todos los medios de comunicación en Venezuela -lo cual afuera redundaría en la imagen de demócrata cercado por la intolerancia que ha intentado construir-, pero su maquinaria de relaciones públicas es eficiente en el extranjero.

Los circuitos intelectuales de izquierda son terreno cautivo para publicaciones antiliberales como *Le Monde Diplomatique* en las que Chávez es una figura esencial. Pero además, académicos y columnistas de la prensa liberal, a menudo lo perciben como un *enfant terrible* y un incomprendido victimizado por la derecha y el unilateralismo del gobierno de George Bush. Por su puesto que en Miami y en gran parte de Estados Unidos la percepción es exactamente al revés. Allí Chávez es el farsante populista de turno.

Así se observa a Venezuela desde el espacio exterior. Un país casi siempre invisible, donde a veces nacen mujeres bonitas y se produce petróleo, pero que es como cualquier otro del tercer mundo: salvaje en sus desigualdades, donde sus habitantes depredan sus recursos naturales y se pelean por sus regalías, donde la libertad está sujeta a los caprichos del miedo y el rencor reparado sin fórmula de equidad y donde de vez en cuando ocurren desastres naturales dignos de una reseña de última página. Nada fuera de lo ordinario salvo que es la base de operaciones de Hugo Chávez, el epicentro donde empieza a librarse una guerra ideológica asimétrica casi pacífica, casi democrática y completamente desigual.

▣ **Licenciado en Comunicación Social UCV. Magister en Ciencias Políticas. Profesor del Postgrado de Comunicación Social en la UCAB.**